

SERIE **Perry
Mason**

ERLE STANLEY GARDNER

EL CASO
DE LAS
GARRAS DE
TERCIOPELO



Un caso para el abogado más célebre de la historia.

«El maestro de los escritores de misterio.»

The New York Times

AHORA UNA SERIE EN **HBO**
ESPAÑA


ESPASA

ERLE STANLEY GARDNER

EL CASO DE LAS GARRAS
DE TERCIOPELO

Traducción de Albert Fuentes


ESPASA

Título original: *The Case of the Velvet Claws*

© Erle Stanley Gardner, 1935

© por la traducción, Albert Fuentes, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2020

ISBN: 978-84-670-6042-3

Depósito legal: B. 13.409-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Un sol de otoño golpeaba contra los cristales de la ventana. Perry Mason estaba sentado a su gran escritorio. Transmitía la actitud de alguien que se halla a la espera. Su rostro en reposo era como el de un jugador de ajedrez que estudia el tablero. Ese rostro pocas veces cambiaba de expresión. Sólo su mirada se mostraba cambiante. Daba la impresión de ser un pensador y un luchador al mismo tiempo, un hombre capaz de trabajar con infinita paciencia para acorralar a su adversario y liquidarlo entonces de un portentoso puñetazo.

Las paredes de su despacho estaban cubiertas de estanterías repletas de libros encuadernados en cuero. En un rincón se veía una gran caja fuerte. Había un par de sillas, además de la silla giratoria que ocupaba él. Se respiraba en el despacho un ambiente de severa funcionalidad, como si en cierta forma el espacio se hubiera contagiado del carácter de su dueño.

La puerta que daba al antedespacho se abrió y Della Street, su secretaria, entró y la cerró tras de sí.

—Ha llegado una mujer. Dice que es la señora Eva Griffin.

Mason miró con gesto impasible a la muchacha.

—¿Y crees que no se llama así?

Ella negó con la cabeza.

—Me da mala espina —dijo—. He buscado en el listín telefónico y no aparece ningún Griffin que resida en la dirección que ella me ha dado. También he buscado en la guía de la ciudad y he obtenido el mismo resultado. Hay muchos Griffin, pero no he encontrado ninguna Eva Griffin. Y en la dirección que me ha dado no viene nadie con su nombre.

—¿Qué dirección es? —preguntó Mason.

—El 2271 de Grove Street.

Perry Mason apuntó algo en un trozo de papel.

—La recibiré —dijo.

—De acuerdo. Sólo quería hacerle saber que me da mala espina.

Della Street era de talle delgado y mirada tranquila; una joven de unos veintisiete años que daba la impresión de contemplar la vida con ojos entusiastas y, al mismo tiempo, ser capaz de ver muy por debajo de la superficie de las cosas.

Se quedó de pie en la puerta mirando a Perry con callada insistencia.

—Me gustaría —indicó a la postre— que averiguara de quién se trata realmente antes de trabajar para ella.

—¿Una corazonada? —preguntó el abogado.

—Algo así —replicó ella sonriendo.

Perry Mason asintió. Su cara se mostraba impasible. Sólo se adivinaba un gesto de cautela en sus ojos vigilantes.

—De acuerdo, hazla pasar, así le echo un vistazo.

Della Street cerró la puerta al salir, pero no soltó el pomo. Al cabo de escasos segundos, el pomo volvió a girarse, la puerta se abrió y una mujer entró en el despacho luciendo un aire de relajada seguridad.

Debía de rondar los treinta años. Iba vestida con elegancia y daba la sensación de que no le faltaba absolutamente de nada. Escudriñó con una mirada rápida el despacho antes de echar una ojeada al hombre sentado tras el escritorio.

—Pase y siéntese —dijo Perry Mason.

Entonces ella lo miró y su rostro se nubló un segundo con un gesto de fastidio. Era como si esperase que los hombres se pusieran de pie cuando entraba en algún sitio y que la trataran con la deferencia de la que era mecedora por su sexo y la posición social que ostentaba.

Por un instante pareció que la mujer no estaba muy dispuesta a aceptar la invitación. Luego se dirigió a la silla situada frente al escritorio, se sentó y observó a Mason.

—¿Y bien? —preguntó él.

—¿Es usted el señor Mason, el abogado?

—Así es.

Los ojos azules que habían estado mirándolo con cautela, midiéndolo, de pronto se abrieron con esfuerzo, imprimiendo a su semblante una expresión de absoluta inocencia.

—Tengo un problema —dijo ella.

Perry asintió como si aquella noticia no significara nada para él; sólo le parecía un asunto rutinario. Al ver que ella no daba más explicaciones, repuso:

—Casi toda la gente que viene a verme tiene problemas.

—No me lo pone fácil —saltó entonces la mujer—. Casi todos los abogados con los que he consultado...

De pronto, la mujer se quedó en silencio.

Mason le dirigió una sonrisa. Incorporándose despacio, colocó las manos en el borde del escritorio y apoyó su peso en ellas de manera que su cuerpo quedó inclinado hacia la mujer.

—Sí —dijo él—. Me hago cargo. Casi todos los abogados con los que ha consultado tienen bufetes lujosos y un montón de asistentes pululando de un lado para otro. Les ha pagado un buen dinero, pero no ha recibido de ellos nada que merezca la pena. La habrán hecho pasar a sus despachos con mil y una reverencias y le habrán cobrado unos buenos anticipos. Pero en cuanto se ha metido en un lío de verdad no se ha atrevido a acudir a ellos.

La mujer entornó un poco los ojos. Durante dos o tres segundos se miraron el uno al otro, hasta que ella bajó la vista.

Perry Mason continuó hablando, despacio y en tono convincente, pero sin elevar la voz.

—Muy bien —añadió—. Yo soy distinto. Me gano el pan porque lucho por mi negocio y porque lucho por mis clientes. Nadie me ha llamado jamás para crear una empresa. Nunca me he dedicado a las sucesiones testamentarias. No habré redactado más de doce contratos en mi vida, y si me pidiesen ejecutar una hipoteca, no sabría por dónde empezar. La gente que recurre a mí no lo hace porque tenga los ojos bonitos, o por el estilo con el que he amueblado mi despacho, o porque me hayan conocido en un club. Me contratan porque saben lo que puedo hacer.

La mujer levantó entonces la mirada.

—¿Y qué es lo que sabe hacer usted, señor Mason?
—preguntó.

El abogado respondió escupiendo las palabras.

—¡Sé luchar!

Ella asintió enérgicamente.

—Pues eso es justo lo que quiero que haga por mí.

Mason volvió a sentarse en la silla giratoria y encendió un cigarrillo. El ambiente pareció despejarse un poco, como si del choque de esas dos fuertes personalidades hubiera surgido una tormenta eléctrica que hubiera empezado a amainar.

—Muy bien —dijo él—. Ya hemos desperdiciado demasiado tiempo en preliminares. Vaya al grano y cuénteme qué es lo que desea. Dígame primero quién es usted y por qué razón ha acudido a mí. Quizá le resulte más fácil si empezamos por ahí.

La mujer respondió de prisa, como si lo hubiera ensayado.

—Estoy casada. Me llamo Eva Griffin y resido en el 2271 de Grove Street. Tengo un problema y no me veo con ánimos de comentarlo con los abogados que hasta ahora me han representado. Una amiga, cuyo nombre no puedo desvelarle por petición suya, me habló de usted. Me dijo que era algo más que un simple abogado. Que se ensucia las manos si es preciso para sacar adelante las cosas. —Se quedó callada un momento y luego preguntó—: ¿Es verdad?

Perry Mason asintió.

—Supongo que sí —repuso—. Casi todos los abogados contratan a pasantes y detectives para que les preparen los casos e investiguen el material probatorio. Yo no lo hago, por la simple razón de que no puedo confiar en

que alguien se encargue de esos asuntos en el tipo de casos de los que me ocupo. No acepto muchos casos, pero cuando lo hago me pagan bien y suelo dar buen resultado. Si alguna vez contrato a un detective, sólo lo hago para que me consiga algunos datos o detalles.

Ella asintió rápidamente y con entusiasmo. Ahora que habían roto el hielo, parecía tener ganas de explicarle lo ocurrido.

—¿Ha leído en el periódico el atraco que hubo anoche en el restaurante Beechwood? Había varios comensales en el salón principal y otros en los distintos salones reservados. Un hombre trató de retener a los clientes y alguien le disparó.

—Algo he leído —dijo Mason asintiendo.

—Yo estaba allí.

El abogado se encogió de hombros.

—¿Y dispone de información sobre la persona que disparó? —preguntó entonces.

Ella bajó la vista un momento, pero luego volvió a mirarlo a los ojos.

—No —dijo.

Él la miró, entornando los ojos y frunciendo el ceño. Ella le aguantó la mirada y luego, al cabo de unos segundos, bajó de nuevo la cabeza. Mason esperó, como si ella no hubiera respondido a la pregunta.

Al cabo de un instante, la señora Griffin volvió a levantar la vista y se movió inquieta en la silla.

—Bueno, si va a ser mi abogado, mejor que le cuente la verdad. Sí.

Mason asintió. En su gesto parecía haber más satisfacción que una mera constatación.

—Adelante —le dijo.

—Intentamos salir, pero no pudimos. Todas las puertas estaban vigiladas. Alguien debió de llamar a la policía antes del tiroteo, justo cuando empezó el atraco. La policía rodeó el restaurante antes de que pudiéramos salir.

—¿Con quién iba usted?

La mujer se miró la punta del zapato antes de responder entre dientes:

—Harrison Burke.

—¿Se refiere a Harrison Burke, el candidato a...? —preguntó Mason, midiendo las palabras.

—Sí —saltó ella, como si quisiera interrumpirlo antes de que pudiera comentar algo sobre Harrison Burke.

—¿Qué estaba haciendo allí con él?

—Cenar y bailar.

—¿Y bien? —insistió él.

—Bueno, nos encerramos en el reservado y estuvimos escondidos hasta que los agentes empezaron a apuntar los nombres de los testigos. El inspector al mando es amigo de Harrison y sabía que sería un problema si la prensa se enteraba de que estábamos allí. Así que nos permitió que nos quedáramos en el restaurante hasta que hubieron terminado y entonces nos hizo salir discretamente por la puerta de servicio.

—¿Los vio alguien?

—Nadie que yo sepa —respondió ella negando con la cabeza.

—Muy bien. Cuénteme qué pasó después.

—¿Conoce a Frank Locke? —soltó ella a bocajarro, levantando de pronto la vista.

Él asintió.

—¿Se refiere al editor de *Spicy Bits*?

La señora Griffin apretó los labios y su boca se transformó en una raya inaccesible. Luego inclinó la cabeza en un silencioso gesto de asentimiento.

—¿Qué tiene que ver con esto? —preguntó Perry.

—Lo sabe.

—¿Y va a publicarlo?

Ella asintió.

Perry Mason acarició un pisapapeles que descansaba sobre el escritorio. Tenía la mano bien formada, larga y fina, si bien sus dedos parecían estar dotados de fuerza y experiencia. Daba la impresión de que podía agarrar con una fuerza aplastante en caso de necesidad.

—Podría comprar su silencio —sugirió él.

—No —replicó ella—. No puedo. Es usted quien debe hacerlo.

—¿Y por qué no puede hacerlo Harrison Burke? —inquirió.

—¿No lo entiende? —repuso ella—. Harrison Burke tal vez podría explicar por qué se hallaba en el restaurante Beechwood con una mujer casada, pero lo que nunca podría explicar es por qué sobornó a una revista sensacionalista para impedir que lo publicara. No puede verse envuelto en este asunto. Podrían chantajearle.

Perry Mason dio unos golpecitos con los dedos sobre el escritorio.

—Entonces ¿quiere que me encargue yo de zanjar el asunto? —preguntó.

—Eso es lo que quiero.

—¿Cuánto estaría dispuesta a pagar?

La mujer se lanzó entonces a hablar atropelladamente, inclinándose hacia él.

—Escuche, voy a contarle algo. Recuerde lo que le

digo, pero no me pregunte cómo lo he sabido. No creo que Frank Locke vaya a dejarse sobornar. Tendrá que apuntar más alto. Frank Locke finge ser el dueño de *Spi-cy Bits*. Ya sabe usted de qué clase de revista estamos hablando. No es más que una revistilla que se dedica a chantajear a la gente, nada más. Andan todo el día buscando algo que llevarse a la boca. Pero Frank Locke sólo es un hombre de paja. Es otro el que mueve los hilos. Alguien de más arriba. El verdadero dueño de la revista. Tienen contratado a un buen abogado para librarlos de las acusaciones de chantaje y las denuncias por difamación. Pero, si algo sale mal, es Frank Locke el que carga con toda la responsabilidad.

La mujer dejó de hablar. Permanecieron callados un momento.

—La escucho —dijo Perry Mason finalmente.

Ella se mordió el labio un instante. Luego volvió a levantar la vista y retomó la explicación hablando tan deprisa como antes.

—Se han enterado de que Harrison estaba allí. No saben quién era la mujer que lo acompañaba. Pero van a publicar que estaba en el restaurante y exigirán a la policía que le tome declaración como testigo. Hay cierto misterio sobre el tiroteo. Parece que alguien le tendió una trampa a ese desgraciado para que se viera envuelto en el atraco y así poder matarlo sin levantar demasiadas sospechas. La policía y el fiscal del distrito van a interrogar a todas las personas que estuvieron presentes.

—¿Y a usted no van a interrogarla?

Ella dijo que no con la cabeza.

—No, van a mantenernos al margen. Nadie sabe que

estuve allí. El inspector vio a Harrison en el restaurante. Nada más. Le di un nombre falso.

—¿Y bien? —insistió Mason.

—¿No lo entiende? Si la revista incordia a los agentes, al final tendrán que interrogar a Harrison. Y entonces no le quedará más remedio que decirles quién era la mujer que lo acompañaba. Si no, la impresión que daremos será todavía peor. En realidad, no hicimos nada malo. Teníamos todo el derecho del mundo a estar allí.

Mason volvió a dar unos golpecitos en la mesa con los dedos y luego la miró con gesto impávido.

—Muy bien —concluyó—, no quiero que haya malentendidos. Lo que usted quiere es salvar la carrera política de Harrison Burke, ¿no?

Ella lo contempló con gesto elocuente.

—No —contestó—. Yo tampoco quiero malentendidos. Lo que quiero es salvarme.

Mason continuó dando golpecitos en la mesa con las yemas de los dedos.

—No le saldrá barato —soltó el abogado al cabo de un buen rato.

Ella abrió su bolso.

—He venido preparada.

Mason la observó mientras contaba los billetes y los colocaba en fajos a lo largo del borde del escritorio.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Son sus honorarios. Cuando usted sepa lo que costará que este asunto no salga a la luz, póngase en contacto conmigo.

—¿Y cómo he de hacerlo?

—Publique este anuncio en el *Examiner*: «E. G. Nego-

ciaciones a punto de concluir», y fírmelo con sus iniciales. Entonces volveré a su despacho.

—No me gusta —respondió él—. Nunca me ha gustado pagar sobornos. Preferiría encontrar otra forma de resolverlo.

—¿Y qué otra forma podría haber?

Mason se encogió de hombros.

—No lo sé. A veces hay otras soluciones.

—Puedo contarle algo sobre Frank Locke —planteó ella en tono esperanzado—. Hay algo en su pasado que le da miedo. Es posible que estuviera en la cárcel, o algo parecido.

Él la miró.

—Parece conocerlo bastante bien.

Ella negó con la cabeza.

—Nunca en mi vida he tratado con él.

—¿Y por qué sabe tantas cosas sobre Frank Locke?

—Ya le he dicho que no me preguntase eso.

Mason volvió a tamborilear sobre el canto de la mesa con sus fuertes dedos.

—¿Puedo ir a verlo y decirle que represento a Harrison Burke? —le preguntó.

Ella negó rotundamente con la cabeza.

—No le diga que acude en representación de nadie en particular. Mejor dicho: no mencione nombres. Usted sabe cómo manejarse en estas situaciones. Yo no.

—¿Cuándo quiere que empiece?

—Inmediatamente.

Perry Mason pulsó un timbre que había en el lateral de su escritorio. Al cabo de un momento, se abrió la puerta del antedespacho y Della Street entró con una libreta en la mano. Al verla, la señora Griffin se arrellanó

en la silla con una actitud indiferente e impersonal; la postura de alguien que no desea que se hable de sus asuntos en presencia del personal de servicio.

—¿Deseaba algo? —preguntó Della Street.

Perry Mason abrió el cajón superior derecho de su escritorio y sacó un sobre.

—La carta está perfecta —dijo él—, pero me gustaría que añadiera un pequeño detalle. Se lo apuntaré con la pluma y luego me gustaría que volviera a pasarla a máquina. Voy a estar fuera el resto del día ocupándome de un asunto importante. Y no sé a qué hora voy a volver al despacho.

—¿Podré localizarlo si lo necesito? —preguntó Della Street.

Mason sacudió la cabeza.

—No, ya me pondré yo en contacto con usted.

Se acercó entonces la carta y empezó a garabatear en uno de los márgenes. Della, tras dudar un momento, rodeó el escritorio y se puso detrás del abogado para ver lo que escribía.

Perry Mason escribió en la carta: «Regresa al antedespacho. Llama a la agencia de detectives Drake y pregunta por Paul Drake. Pídele que siga a esta mujer cuando salga de la oficina. Pero que ella no se entere. Dile que quiero saber quién es, que es importante». Entonces cogió un secatintas, lo presionó sobre la anotación y le entregó la carta a Della Street.

—Ocúpate de esto enseguida —le pidió—. Quiero firmarlo antes de salir.

Ella tomó la carta con gesto despreocupado.

—Así lo haré —dijo antes de salir del despacho.

Perry Mason se volvió entonces hacia la señora Griffin.

—Necesito saber qué cantidad estaría dispuesta a asumir —le dijo.

—¿Qué suma consideraría usted razonable? —preguntó ella.

—Ninguna —respondió él secamente—. No me gusta pagar a un chantajista.

—Lo sé —observó ella—, pero estoy segura de que tendrá *alguna* experiencia en esto.

—*Spicy Bits* reclamará una cantidad equivalente a la importancia de la noticia. Lo que quiero saber es cuánto vale una noticia así. Entonces, si piden demasiado, intentaré darles largas. Si se muestran razonables, lo resolveré enseguida.

—Tiene que resolverlo enseguida.

—De acuerdo —aceptó él—, pero nos estamos desviando de la cuestión. ¿Cuánto?

—Podría reunir cinco mil dólares —aventuró ella.

—Harrison Burke es un político —repuso Mason—. Por lo que he oído, no se ha metido en política por amor al arte. Está con los reformistas, lo que significa que su presencia en el restaurante tiene mucho valor para sus adversarios.

—¿Adónde quiere llegar? —preguntó ella.

—Lo que quiero decir es que con esos cinco mil dólares *Spicy Bits* no tendrá ni para empezar.

—Podría reunir nueve mil o diez mil si me apura.

—Está en un apuro.

Ella se mordió el labio.

—Pongamos que hay alguna novedad y necesito ponerme en contacto con usted sin tener que esperar a que el anuncio salga publicado —le dijo Mason—. ¿Dónde puedo encontrarla?

Ella inmediatamente sacudió la cabeza con gesto categórico.

—En ninguna parte. Eso es lo que quiero que entienda. No me escriba. No me llame por teléfono. No intente averiguar quién es mi marido.

—¿Vive usted con su marido?

Ella le lanzó una mirada rápida.

—Por supuesto. Si no, ¿de dónde iba a sacar yo el dinero? Llamaron a la puerta y Della Street asomó la cabeza y los hombros al despacho.

—Ya he terminado, señor Mason. Puede firmar la carta cuando quiera —anunció.

Mason se puso de pie y miró con gesto elocuente a la mujer.

—Muy bien, señora Griffin. Haré todo lo que esté en mi mano.

Ella se levantó de la silla, dio un paso hacia la puerta, se detuvo un instante y echó un vistazo al dinero que había sobre la mesa.

—¿Va a darme un recibo por el pago? —inquirió.

—Si así lo desea...

—Creo que sí me gustaría.

—Descuide —dijo él con picardía—. Si quiere irse del despacho con un recibo firmado por Perry Mason y a nombre de Eva Griffin, no tengo inconveniente.

Ella torció el gesto.

—No, así no. Hágame un recibo en el que se indique que el portador le ha pagado la cantidad mencionada como anticipo.

Mason frunció el ceño, recogió el dinero con sus manos ágiles y competentes y le hizo un gesto a Della Street para que se acercara.

—Toma, Della —dijo—. Guarda este dinero. Abre a la señora Griffin una cuenta en nuestro libro de contabilidad y haz un recibo en el que conste el número de página del libro y la entrega de quinientos dólares. Apunta en el recibo que dicha cantidad es en concepto de anticipo.

—¿Podría decirme a cuánto ascenderán sus honorarios en total? —preguntó la mujer.

—Dependerá de la cantidad de trabajo —respondió Mason—. Serán altos, pero justos. Y dependerán también de los resultados obtenidos.

Ella asintió y, tras dudar un instante, comentó:

—Supongo que ya hemos terminado.

—Mi secretaria le entregará el recibo.

La señora Griffin le sonrió.

—Que tenga un buen día —dijo ella.

—Que tenga un buen día —respondió Mason.

La mujer se detuvo al llegar a la puerta del antedespacho, se giró y volvió a mirarlo. Mason estaba de espaldas a ella con las manos metidas en los bolsillos y miraba por la ventana.

—Por aquí, por favor —dijo Della Street, y cerró la puerta.

Perry Mason permaneció unos cinco minutos observando la calle desde la ventana. Entonces, la puerta del antedespacho volvió a abrirse y entró Della Street.

—Ya se ha marchado —dijo ella.

Mason se volvió como un resorte.

—¿Por qué te ha dado mala espina? —preguntó.

Della Street lo miró a los ojos con gesto firme.

—Esa mujer... —replicó—, me huelo que nos traerá problemas.

Mason encogió sus anchos hombros.

—Para mí, son quinientos dólares en efectivo en concepto de anticipo. Y otros mil quinientos por mis honorarios cuando zanje este asunto.

—Me da mala espina —insistió la muchacha con un asomo de emoción—. Es una embustera y una sinvergüenza. Es una de esas mantenidas descaradas capaces de apuñalarte por la espalda con tal de salirse con la suya.

Mason miró con gesto inquisitivo a su secretaria.

—No esperes encontrar lealtad en una mujer casada que paga anticipos de quinientos dólares. Es sólo una clienta.

—No me refería a eso —repuso Della sacudiendo la cabeza—. Lo que quería decir es que hay algo falso en ella. Le está ocultando algo que usted debería conocer. Lo está enviando a la batalla con los ojos vendados cuando podría facilitarle las cosas si fuera sincera.

Perry Mason hizo un gesto de desdén con los hombros.

—¿Por qué iba a importarme a mí que me facilitara la tarea? Es ella la que va a pagar por mi tiempo. Y yo sólo voy a invertir tiempo en esta historia.

—¿Está seguro de que sólo va a invertir tiempo? —planteó Della Street despacio.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—No lo sé, pero esa mujer me parece peligrosa. Es el tipo de caradura que te mete en un atolladero y luego te deja en la estacada.

El rostro de Perry Mason no se inmutó, aunque sus ojos se iluminaron fugazmente.

—Es uno de los riesgos que tendré que correr —le

dijo—. No puedo confiar en que todos mis clientes me sean leales. Me pagan. Eso es todo.

Ella le dedicó una mirada interrogativa que parecía encerrar una suerte de ternura melancólica.

—Pero usted insiste en ser leal a sus clientes, aunque sean despreciables.

—Por supuesto. Es mi obligación.

—¿Su obligación profesional?

—No —respondió él arrastrando las palabras—. Es una obligación personal. Soy un gladiador a sueldo. Luché por mis clientes. En su mayoría no son trigo limpio y por eso acuden a mí. Se han metido en líos. Mi deber es sacarles las castañas del fuego. Tengo que ser sincero e íntegro con ellos. Aunque no siempre puedo esperar que ellos lo sean conmigo.

—¡Eso no es justo! —saltó ella.

—Claro que no —dijo él sonriendo—. Pero así son los negocios.

La secretaria se encogió de hombros.

—Le he transmitido al detective su deseo de que siguieran a esa mujer al salir de la oficina —indicó ella, regresando de pronto a sus obligaciones—. Me ha dicho que estaría esperándola a la salida.

—¿Has hablado con Paul Drake en persona?

—Claro. Si no, no le habría dicho que todo estaba arreglado.

—De acuerdo —repuso él—. Puedes depositar trescientos dólares del anticipo en el banco. Dame los otros doscientos para mis gastos. Averiguaremos quién es esa mujer. Así tendremos un as en la manga en caso de necesidad.

Della Street regresó al antedespacho, volvió con los

doscientos dólares en efectivo y se los entregó a Mason. Él le sonrió.

—Eres una buena chica, Della. Aunque a veces tengas ideas raras sobre las mujeres...

Ella se giró de golpe y lo miró.

—¡La odio! —exclamó—. ¡Odio la tierra sobre la que pisa! Aunque no es eso lo que me preocupa ahora. Es algo más que odio. Hay algo que me huele mal.

Mason se plantó con los pies muy separados, se metió las manos en los bolsillos y se quedó contemplándola.

—¿Por qué la odias? —preguntó, mirándola con un gesto entre divertido y benévolo.

—¡Odio todo lo que representa! —respondió Della Street—. Yo he tenido que trabajar por todo lo que he logrado. Nadie me ha regalado nada. Y muchas veces me he deslomado sin conseguir nada a cambio. Esa mujer, sin embargo, es de las que no han movido un dedo en su vida. No da nada, ni las gracias, en compensación por todo lo que recibe. De hecho, no creo que sea capaz de entregarse a nadie desinteresadamente.

Perry Mason frunció los labios en gesto pensativo.

—¿Y todo este ramalazo se debe a que le has echado un vistazo y no te ha gustado cómo se viste?

—Sí me ha gustado cómo iba vestida. Iba de punta en blanco. Esos trapitos que lleva seguro que le han costado a alguien un buen dinero. Porque evidentemente no es ella quien paga. Va demasiado emperifollada, demasiado arreglada, con esa carita de no haber roto un plato en su vida. ¿Se ha dado cuenta de que utiliza el truco de abrir mucho los ojos cuando quiere impresionar? Seguro que ha ensayado esa miradita de niña pequeña frente al espejo.

Mason observó a su secretaria con una mirada que de pronto se tornó profunda y enigmática.

—Si todos los clientes fueran tan leales como tú, Della, no habría bufetes de abogados. No lo olvides. En este trabajo tienes que aceptar a los clientes tal y como son. Tú eres distinta. Te criaste en una familia rica. Luego perdieron todo el dinero y tuviste que ponerte a trabajar. Muchas mujeres no habrían hecho lo mismo en tu lugar.

La melancolía volvió a asomar por los ojos de Della.

—¿Y qué habrían hecho? —preguntó—. ¿Qué habrían podido hacer?

—Habrían podido —respondió él midiendo las palabras—, habrían podido casarse con un hombre e ir a cenar con otro al restaurante Beechwood, ser descubiertas y tener que contratar a un abogado para que las sacara del atolladero.

Della se volvió hacia el antedespacho, apartando la vista de Mason. Tenía los ojos encendidos.

—Me pongo a hablar de los clientes y a usted no se le ocurre mejor idea que hablar de mí.

Dicho esto, empujó la puerta y regresó al antedespacho.

Perry Mason se acercó a la puerta y se quedó contemplando a Della mientras ésta se dirigía a su escritorio, se sentaba e introducía un folio en la máquina de escribir. Mason seguía allí cuando se abrió la puerta de la entrada y apareció un hombre alto, con los hombros caídos y la cabeza inclinada hacia delante sobre un largo cuello. Observó a Della Street con ojos vidriosos y saltones en los que lucía una inmutable mirada socarrona, le dedicó una sonrisa y luego, girándose hacia Mason, dijo:

—Hola, Perry.

—Pasa, Paul. ¿Has conseguido algo?

—Volver, eso es lo que he conseguido —repuso Drake.

Mason le abrió la puerta y la cerró después de que el detective entrara en su despacho privado.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó.

Paul Drake se sentó en la silla que la mujer había ocupado hacía apenas unos minutos, apoyó los pies sobre la otra silla y encendió un cigarrillo.

—Esa criaturilla es lista —dijo.

—¿Qué te lo hace pensar? ¿Se ha dado cuenta de que la seguías?

—Creo que no —contestó Drake—. La he esperado junto al ascensor para controlar su salida. Cuando la he visto abandonar tu oficina, me he metido en el ascensor antes que ella. Se ha quedado mirando un rato la puerta para comprobar si salía alguien detrás de ella. Quizá ha pensado que enviarías a tu muchacha para que la siguiera. Me ha parecido que se quedaba más tranquila cuando el ascensor ha empezado a bajar.

»Luego ha ido caminando hasta la esquina. Yo la he seguido, dejando en todo momento a unas cuantas personas entre medias. Ha cruzado la calle para meterse en unos grandes almacenes y ha avanzado como si supiera exactamente lo que quería hacer. La he visto entrar en el servicio de señoras.

»Tenía una expresión curiosa al entrar y he pensado que quizá estaba intentando escabullirse, de modo que he ido a buscar a un dependiente y le he preguntado si el servicio de señoras tenía alguna otra salida. Por lo visto hay tres: una que da al salón de belleza, otra al de manicura y otra a la cafetería.

—¿Por dónde ha salido?

—Por el salón de belleza unos quince segundos antes de que yo llegara allí. Me he figurado que la mujer había entrado en el servicio sólo como tapadera. Sabía que un hombre no iba a poder seguirla dentro y es obvio que lo tenía todo planeado. Lo he sabido porque la esperaba un coche frente a la puerta del salón de belleza con un chófer sentado al volante. El coche era un Lincoln de los grandes. No sé si te será de ayuda saberlo.

—Te aseguro que no —dijo Mason.

—Ya me lo imaginaba —respondió Drake con una sonrisa.